



X

El Atrio de Nuestra Señora.

Había, aquella noche, gran reunión literaria en el muelle de los Agustinos, al lado de la Sorbona, en casa del redactor-jefe de la "Revista de las Razas futuras."

La plana mayor y la segunda fila de los Fracados estaban convocadas para aquella fiesta, dada por el regreso de Carlota; fiesta que D'Argenton iba á solemnizar aún más con la lectura de su gran poema "Los Rompimientos," ya por fin terminado. Extrañas circunstancias habían marcado el engendro de aquella obra magistral. Una vez vuelta Carlota al redil, ¿cómo



continuar lamentando la ausencia de la ingrata, describiendo los sufrimientos del amante abandonado? Había en ello cierto ridículo, y era lástima, pues nunca la inspiración del poeta se había mostrado tan abundante y sostenida. Después de titubear algunos días, habíase decidido.

—¡Bah! ¡Andando!... continuó. La obra de arte no ha de depender de las circunstancias.

Y fué un espectáculo sumamente bufo, aquel poeta, lamentándose del abandono de su querida en presencia de la querida misma, que se oía llamar "malvada," "infidel," "querida ausente," y consignaba todos estos hermosos epítetos con su propia letra, en un cuaderno atado con lazos color de rosa. Una vez terminado el poema, había querido D'Argenton leerlo á su gente, menos por vanidad de artista que por orgullo de amante, para que supieran todos aquellos desdichados nulos que su esclava había vuelto, y que esta vez le pertenecía para siempre. Nunca el cuartito del cuarto piso había visto una velada tan suntuosa, tal lujo de flores, de cortinones, de "buffet;" hasta el traje de la querida ausente, blanco del todo, sembrado de pálidas violetas, muy en armonía con el papel mudo que tenía que desempeñar durante la lectura. Nadie habría sospechado, al entrar allí, qué apuros de dinero se cernían sobre aquellos esplendores, cual invisibles telarañas tendidas sobre alas de mariposas. Nada más exacto, sin embargo. La "Revista" tocaba á su fin, disminuyendo de tamaño á cada número, y ya no aparecía sino á intervalos, cada vez más lejanos. D'Argenton, después de haber sepultado allí la mitad de su herencia, trataba de venderla. Y aquella situación desastrosa, unida á algunas "crisis"

hábilmente simuladas, era justamente lo que había hecho que aquella loca de Carlota se volviera con su "artista." No tuvo más que presentarse ante ella como el grande hombre vencido, extenuado, abandonado de todos, dudando de su incierta estrella, tan brillante en otro tiempo, para que la infeliz le jurase eterna constancia:

—Ahora soy tuya, tuya para siempre.

En el fondo, D'Argenton no era sino un vano y un necio; pero puede decirse que jugaba admirablemente con aquella mujer, y que sabía sacar efectos asombrosos de aquel tosco instrumento. Si supieran ustedes qué miradas le echaba ella en aquel gran sarao; cómo lo halaba seductor, enfermizo, genial, tan hermoso como había doce años, cuando se le apareció bajo las lámparas de cartón del Gimnasio Moronval, quizás más hermoso aún, pues el medio era diferente, más comfortable, más rico, y la aureola de su poeta tenía más rayos de luz.

Por lo demás, la misma gente, los inevitables de siempre. Aquí tenemos á Labassindre, con traje de terciopelo verdebotella, y las botas altas de Fausto, y el doctor Hirsch, estrellado de manchas químicas, y Moronval, con su frac negro, rozado en las costuras, de corbata blanca, muy negra en los pliegues, y después los "exóticos," el eterno egipcio con su piel estirada, el japonés azafrañado, y el sobrino de Berzelius, y el hombre que había leído á Prouhon. He aquí todo el desfile grotesco, pálido, flaco, famélico, pero siempre lleno de ilusiones, con manos calenturientas, ojos sin pestañas, abrasados á fuerza de contemplan los astros.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO DAUDET  
1625 MONTREAL, MEXICO



Diríase una reunión de peregrinos de Oriente en marcha hacia alguna Meca desconocida, y cuya lámpara hu-ye continuamente del horizonte. Desde hace doce años que conocemos á esos desgraciados "Fracasados," algunos han caído en el camino; pero de las aceras de París han surgido otros famélicos para reemplazar á los muertos y estrechar las filas. Nada les desanima, ni las enfermedades, ni el frío, ni el calor, ni el hambre. Andan, se apresuran, y nunca llegarán. En medio de ellos, D'Argenton mejor comido, bien vestido, parecíase á un rico señor caminando entre los andrajosos, con su harén, sus pipas, sus riquezas. Y lo que añadía á su irradiación aquella noche, era su vanidad satisfecha, la conciencia serena del triunfo.

Durante la lectura del poema, Carlota, sentada en el diván, con una actitud que quería ser indiferente, sonrojábase con las alusiones que pasaban en cada estrofa, envueltas en velos transparentes, cual misteriosas coquetas contentísimas al verse reconocidas. En torno suyo, mujeres de "Fracasados," se inclinaban humildes y halagadoras, y entre ellas, la diminuta señora de Moronval, la cual, sentada, parecía muy alta por causa de la inconmensurable altura de su frente y de su barba, secándose los ojos á cada momento para que vieran su emoción. ¡Hipocresía poco digna de una Moronval-De-costére de nacimiento! Pero la miseria abate los orgullos más empingorotados, y Moronval, colocado enfrente de su mujer, la vigilaba, era el jefe de la claqué, dando á su cara de mono mil expresiones variadas, de una admiración extraordinaria, mientras se roía las uñas con rabia, lo cual era siempre indicio de algún sablazo. Ante aquella asistencia comprada, los versos se deslizaban

con una lentitud y con una monotonía desesperantes, cual movimiento de devanadera devanando una madeja interminable. ¡Y seguían, seguían! Aquello se mezclaba al chisporroteo del fuego, al ruidillo de las lámparas, al ruido del viento que erraba por el balcón, y de repente sacudía con furia los cristales, tal como cierta noche. Pero Carlota no se hallaba aquella noche en esas disposiciones inquietas en que acoge el espíritu los presagios y los presentimientos. Pertenece por completo á su poeta y al drama que allí cantaba, rimando fuertemente cada verso. El poema contenía, efectivamente, una parte muy dramática. En el último canto, suponía D'Argenton que la querida ausente, de vuelta junto á su amante, moríase de los sufrimientos causados por la ausencia. Cerrábale el poeta los ojos, jurándole amor eterno:

"He puesto junto á tí, en la tumba, lo mejor de mí mismo; lo que te llora y lo que te ama," decía el poeta. Y era tan conmovedora aquella magnanimidad del hombre que consentía en olvidar, y tan funesta la suerte de aquella desgraciada, que todo el mundo sollozaba al escuchar aquellos versos. Y Carlota sollozaba con más ahínco que los demás, pues ella era quien moría, y esas cosas le enternecen á uno más tratándose de sí mismo que tratándose de los demás.

De repente, en el momento culminante, cuando D'Argenton paseaba sobre la asamblea una mirada satisfecha, abrióse violentamente la puerta del salón, y la doncella, una de esas doncellas familiares, con muchos lacitos como los gastan esas mujeres, entró en el salón con aire asustado, gritándole á su ama:

—¡Señora!... ¡Señora!...

La gente se levantó:



—¿Qué hay?... ¿Qué sucede?

—Hay ahí un hombre....

—¿Un hombre?

—Sí, un hombre de malas trazas, y muy feo, que desea hablar á la señora. Le he dicho que no estaba la señora, que no se la podía ver. Entonces se sentó en un peldaño, diciendo que esperaría.

—¡Allá voy!.... dijo Carlota muy emocionada y como si adivinase de parte de quién venía aquel hombre.

Pero D'Argenton se opuso vivamente.

—No.... No....

Y volviéndose hacia Labassindre, el más vigoroso de los asistentes.

—Anda y mira quién es ese intruso.

—¡Allá voy!.... allá voy!.... dijo el cantante ahuecando la voz; y salió ensanchando los hombros.

D'Argenton, que se había quedado con un hemes-tiquio entre los dientes, volvió precipitadamente delante de la chimenea, dispuesto á reanudar la lectura interrumpida.

Pero la puerta se abrió de nuevo, dejando ver la cabeza y el brazo de Labassindre, que llamaba con un gesto al poeta. D'Argenton se abalanzó furioso hacia el pasillo:

—¡Vamos! ¿Qué demonios es eso?

—Parece ser que Jack está muy enfermo, le dijo en voz baja el cantante.

—¡Eso, que se lo cuenten á otros!

—Ese pobre diablo es quien lo afirma.

D'Argenton miró al pobre diablo, feo, tímido, cuya alta silueta, encorvada bajo la puerta, no le era desconocida.

—¿Usted es quien viene de parte de ese señor?

—No, no vengo mandado por él, contestó el otro.... Está demasiado enfermo para ocuparse de eso.... Hace tres semanas que está acostado, enfermo, muy enfermo.

—¿Y qué tiene?

—No sé qué tiene en el pulmón, pero dice el médico que no durará ocho días. Y entonces hemos pensado, mi mujer y yo, que convenía avisarle á su madre, y á eso he venido.

—¿Quién es usted?

—Soy Belisario, Bel, como me decía la señora.... ¡Oh! ¡Bien me conoce ella, y mi mujer también!

—Pues bien, señor Belisario, dijo el poeta con tono burlón.... Dígale usted al que le envía, que el golpe está bien imaginado, pero que está ya gastado. Que busque otro.

—¡Usted perdone! dijo el vendedor ambulante, que no comprendía los "chistes crueles."

Pero ya D'Argenton había cerrado la puerta, dejando á Belisario estupefacto en el descansillo, con la visión de un salón entrevisto allá en el fondo del cuarto, lleno de gente y de luces.

—No es nada.... Un invidio que se equivocaba, dijo el poeta volviendo al salón; y mientras continuaba su lectura majestuosamente, volvíase el vendedor muy de prisa por las calles negras, azotado del viento frío, ansioso de volver junto á Jack, junto al pobre compañero que en aquel momento yacía sobre el triste lecho de su buhardilla....

Sintióse enfermo un día que volvía de Etiolles. Se había acostado sin decir una palabra; y desde entonces,



la fiebre le sacudía, la fiebre y un fuerte catarro, tan grave, que el médico del taller avisaba á sus amigos que era de temer un desenlace funesto. Belisario hubiera querido avisar al Sr. Rivals; pero Jack se opuso resueltamente. Es más: sólo esta vez había salido de su silencio alérgico, y otra también para enviar á la repartidora de pan á que le vendiese su reloj y una sortija que le había dado su madre. Y es que el dinero se hacía raro en la calle de Panoyaux. Todas sus economías habíalas empleado Jack en la compra del pequeño mobiliario de Charonne, los cajones estaban vacíos, y los Belisarios se hallaban también sin un céntimo, á consecuencia de la boda y de los gastos de instalación.

¡Mas no importa! Para cuidar á aquel desgraciado abandonado, el vendedor ambulante y su mujer se habían sentido capaces de hacer toda especie de sacrificios. Después de haber llevado al Monte de Piedad colchones y muebles, habían empeñado una carga de sombreros de paja que sería absolutamente necesario desempeñar cuando llegara la primavera. Pero ni este sacrificio fué suficiente. ¡Está todo tan caro, la leña, los medicamentos!... La verdad, no habían tenido suerte con los compañeros.

El primero, un borracho perezoso y comilón; el segundo, la misma perfección, convirtiéndose en pesada carga por su enfermedad. En la vecindad, aconsejábanles que llevasen á Jack al hospital. "Estará mejor que aquí, y no les costará á ustedes nada." Pero se obstinaban con cierto orgullo en conservar á su amigo junto á ellos, cual si hubiesen faltado á los deberes de la asociación al confiarle entre otras manos.

Ahora ya no podían más. Y como la gravedad del mal

correspondía con aquella penuria inminente, se habían decidido á avisar á Carlota, "la hermosa señora," como decía con voz indignada la repartidora de pan. Ella era quien mandó allí á su marido.

—Sobre todo, traétela contigo, para estar segura de que venga.... El ver á su madre aliviará á ese desgraciado. Nunca habla de eso. ¡Es tan digno!... Segura estoy de que está pensando en su madre.

Belisario se venía sin la hermosa señora. Así es que estaba desconsolado y muy inquieto por la acogida que le reservaba su mujer. La señora de Belisario, con el niño dormido sobre sus rodillas, hablaba en voz baja con la señora Levindré, delante de una lumbre pobre y triste lo que llama el pueblo una "lumbre de viuda," mientras ponía cuidado en la penosa respiración de Jack y la horrible tos que le ahogaba. Nadie habría reconocido en aquella habitación desnuda y desamparada la buhardilla clara, con vistas al patio, en donde cantaba el trabajo desde por la mañana con una alondra parisiense; ya no quedaban rastros de libros ni de estudios. Únicamente un puchero de tisana que humeaba sobre la chimenea, llenaba el cuarto de esa atmósfera especial, vaga y pesada, que se nota en el cuarto donde hay un enfermo. Y allí cuchicheos, un ruido de tenacillas, y el paso de Belisario ya de regreso.

—¿Sólo?... preguntó la repartidora de pan.

Contó él, en voz baja, que no le habían dejado ver á la madre de Jack; que los bigotazos de D'Argenton no le habían permitido la entrada.

—¡Vaya unos canallas!.... ¡Pero tú no tienes sangre en las venas!.... Siempre con tus miedos!.... Era preciso darle un empujón, entrar á la fuerza y gri-



tarle á esa bribona: ¡Señora, su hijo de usted se está muriendo!

¡Qué magnífica mirada lanzó ella hacia su hijo dormido sobre sus rodillas!

—¡Ah, mi pobre Belisario, nunca serás más que un gallina!

El vendedor ambulante bajaba la cabeza. Sabía que le reñirían cuando volviera, pero no era dueño de su timidez, pues la costumbre de andar por calles y caminos, á merced de los gendarmes y de los agentes de policía, le había dado una humildad sumisa, que no eran capaces de sacudir las valentías de su mujer.

—Si hubiera yo ido, bien segura estoy de que me la traigo conmigo... decía la buena mujer apretando los puños.

—¡Quite usted, hija mía! añadía agriamente la señora Levindré; usted no sabe lo que son esas mujeres.

Decía ella "aquellas mujeres," desde que la marcha de Ida de Barancy le había quitado toda esperanza para su máquina de coser, ó la comandita de su marido. También éste acababa de entrar.

Todas las noches, con esa facilidad de las llaves en las puertas adoptadas en los interiores pobres, venían á charlar junto al enfermo, so pretexto de preguntar por él. Al saber que no había venido la señora, el señor Levindré endilgó un largo discurso sobre la Frinée moderna, vergüenza de nuestras sociedades, y desarrolló una vez más su sistema político, que había de limpiar al mundo de todas esas escorias. Los demás escuchaban, con la boca abierta, á aquel charlatán soñoliento é inagitable, mientras soplabá el viento sobre las brasas apa-

gadas y se oía, por debajo de las sábanas, la continuación de Jack.

—Bueno, pero ¿qué vamos á hacer?, dijo la señora de Belisario, que nunca se apartaba mucho de la cuestión pendiente. No podemos dejar que se muera ese infeliz por falta de cuidados.

Los Levindré opinaron:

—Hay que hacer lo que les ha dicho el médico. Llévenlo al atrio de Nuestra Señora, al despacho central. Allí le darán un tarjeta de entrada para un hospital.

—¡Chist!... ¡Chist!... ¡No hablar tan fuerte!... dijo Belisario designándoles la alcoba en la que se agitaba el enfermo, sacudido por la calentura. Hubo un momento de silencio, durante el cual se oía el roce de las sábanas.

—Estoy seguro de que nos ha oído, añadió el vendedor enfadado.

—¡Y qué!... no es ni su hermano de usted, ni su hijo; y sería para ustedes un gran desahogo el llevarselo al hospital.

—¡Es el compañero!, dijo Belisario, imprimiendo á su lenguaje toda la dignidad y la valentía de su hermoso y cándido corazón.

Y fué aquello tan conmovedor, que la vendedora de pan se puso muy encarnada, y miró á su marido con los ojos llenos de lágrimas.

Los Levindré se marcharon, encogiéndose de hombros: y cuando ya hubieron salido, en seguida pareció el cuarto menos frío y menos desamparado.

Jack había oído. Oía cuanto se decía. Generalmente,